

Marx y Engels: una compleja teoría abierta¹ Por Flabián Nievas*

Habitualmente se suele situar a Marx y Engels como los teóricos más destacados para el análisis de los conflictos sociales. Sin embargo, aunque pueda resultar sorprendente para algunos y hasta controvertido para otros, el trabajo de Marx y Engels no se lo puede inscribir dentro de la línea de la “sociología del conflicto” en sentido estricto. Esto se debe fundamentalmente a que esta última, al menos tal como se conformó académicamente, registra al conflicto, si no como una anomalía —al estilo del funcionalismo primitivo—, al menos sí como una situación episódica, ajena a la “normalidad”. Justamente los impulsores de la sociología del “conflicto” han sido sociólogos funcionalistas, como Lewis Coser, John Rex y, de alguna manera, también Ralf Dahrendorf.² El conflicto es conceptualizado como una situación *a priori* negativa. Ellos van a argumentar en pos de los sentidos positivos que los conflictos —o algunos de ellos— encierran. Justamente el esfuerzo hermenéutico en mostrar tal positividad —las “funciones” del conflicto— supone un punto de partida negativo. Marx, en cambio, parte de una consideración por completo distinta de las confrontaciones, sean éstas abiertas o en estado latente (antagonismo). Lejos de suponer a esta situación anómala o episódica la considera una ley social que rige en las sociedades de clases,

¹ - En este artículo se sintetizan algunos aspectos de la tesis doctoral en elaboración “Lucha de clases: isomorfismo y metamorfosis en las categorías analíticas de los pensadores marxistas clásicos”, dirigida por la Dra. Susana Murillo. Agradezco a Mariana Maañón e Inés Izaguirre sus siempre pertinentes comentarios.

* - Magister en Investigación en Ciencias Sociales (UBA). Profesor Titular de Sociología (CBC-UBA). Profesor adjunto de “Sociología de la guerra”, carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

² - En una discusión sobre una versión preliminar de este artículo, Pablo Bonavena hacía notar que, al menos en nuestro país, el encumbramiento académico de una de estas corrientes se da en términos de la casi desaparición de la otra. Actualmente el auge de versiones más sofisticadas, como los estudios sobre la protesta, la acción colectiva o los movimientos sociales, eclipsa a la teoría marxista.





formaciones, todas ellas, que configuran la “prehistoria de la humanidad”. Si bien no fueron Marx ni Engels quienes postularon esta ley, sí tienen el mérito de haberla formulado en términos científicos, en todas sus implicancias y alcances.

Tomar las situaciones de puesta en acto de los antagonismos como una ley social implica reconocer la regularidad y reiterabilidad de las mismas, conceptuándolas, en consecuencia, como la situación “normal” e ineluctable en tales formaciones sociales. He aquí la raíz de porqué no se debe considerar a la obra de Marx como parte de la sociología del conflicto.

Sin embargo la asociación entre la obra de Marx y Engels y el estudio de la conflictividad existe: es que los fenómenos sociales considerados relevantes desde uno y otro lugar son en gran medida coincidentes, pero en tanto su abordaje se realiza desde matrices epistemológicas distintas, los objetos resultan diferenciales. Ello explica, en parte, que los teóricos del conflicto consideran ámbitos de relacionalidad (tales como el interpersonal o el familiar) como parte del espectro de manifestación de su objeto (el conflicto) mientras que en el marxismo se debate si sólo se deben considerar como lucha de clases las luchas políticas o si, por el contrario, otras manifestaciones del antagonismo de las condiciones sociales de existencia merecen la misma consideración.

Ahora bien; si todo se “reduce” a la actividad social de acuerdo a *una ley*, cabe preguntarse cómo una ley que rige a todas las sociedades conocidas puede ser un instrumento analítico para analizar casos específicos. Sobre esto versará el resto del presente artículo.

1. El objeto

Sin dudas muchas materias han sido abordados por Marx y Engels, y resulta difícil establecer un objeto de estudio, pues tienen disímiles grados de abstracción: el capitalismo, la economía política, la antropología, la filosofía, y tantas otras cuestiones podrían ser consideradas como sus objetos de estudios.

a) En el plano epistemológico

Sin embargo, creo que es posible ordenar estos objetos a partir de distinguir distintos planos que perfilan, a su vez, diferentes objetos. En el nivel más abstracto y por ello más inclusivo, el epistemológico, aparece ya una impronta distintiva: a diferencia de la mayor parte de la cultura occidental, ellos no estudian cosas, tradición que viene del aristotelismo, sino *relaciones*; y no relaciones en sí, aisladas, sino *sistemas de relaciones*, sistemas que, en tanto autorreproductivos, tienden a asimilarse a estructuras de relaciones. La diferencia entre sistema y estructura no es un simple matiz. En sus escritos insistentemente se refieren a los sistemas y no a las estructuras; no porque las desconocieran, sino porque estas últimas enfatizan más lo perdurable en un sistema, mientras que la idea de sistema apunta a resaltar más los procesos internos, a la vez que, como todo sistema, tiene una serie de propiedades que no están presentes en la estructura: complejidad (serie infinita —o con tendencia a infinita— de elementos, que sólo puede “cerrarse” con recortes teóricos), homeorresis (equilibración dinámica y siempre inacabada, a diferencia de la homeostasis, que es propia de las estructuras),³ resiliencia (capacidad de absorción de tensiones y reequilibración... o no),

³ Concepto tomado de Piaget, J. (1985 [1970], p. 65). La homeorresis indica una forma de equilibrio histórica, temporal, procesual, a diferencia de la homeostasis, que indica un equilibrio definitivo, como estado final. Debo esta observación a Mariano Millán.





reproductividad con cambio (nunca se reproduce exactamente igual, pero no sufre modificaciones sustantivas hasta tanto no se venza la resiliencia) que permite mantener agregadas y conexas en un orden discernible la malla de relaciones que configuran al sistema como tal. La estructura, en cambio, evoca lo permanente, lo incambiado, aquellos rasgos típicos que marcan al conjunto de los elementos por su pertenencia a ella. Una estructura se caracteriza por la autorregulación, mientras un sistema puede ser regulado desde “fuera” (sistemas abiertos). Esto les permite distinguir entre una estructura contradictoria (la capitalista sin dudas lo es) de un sistema, que siempre puede ser (potencialmente al menos) vulnerado en tanto tal.

Ciertamente el lector puede preguntarse legítimamente si Marx y Engels tenían estas disquisiciones en su mente a la hora de pensar; la respuesta, aunque siempre especulativa, es que lo más probable era que no tuvieran conciencia de ello, fundamentalmente porque se trata de distinciones epistemológicas posteriores a la muerte de ambos. Sin embargo, también se podría afirmar que sí, en tanto su forma de pensar habilita a que nos dirijamos en una de esas direcciones (la de sistema) e invalida en buena medida la otra (la de estructura).⁴ De modo que su objeto son las relaciones en el marco de una totalidad. La modificación de un elemento (relación) modifica al todo.⁵ El rasgo que ellos más acentuaron en su enfoque de sistema de relaciones fue, además de la organización y los procesos internos, el carácter histórico del mismo, lo que los condujo a la definición de su objeto teórico. Pero

⁴ Una nueva sorpresa: ¿y el estructuralismo marxista, tan en boga en los 60 y 70? A mi juicio, discutible por cierto, se trató de una indagación radical en una vía hasta agotarla; esto es, los riquísimos análisis estructuralistas (particularmente los franceses Althusser, Poulantzas, Balibar, entre otros) y los importantes desarrollos que tuvo no alcanzaron a vivificar la teoría. Su relativa extinción no indicaría flaquezas en sus análisis, sino el agotamiento de los mismos. Dicho en términos breves: no habría mucho más que decir desde ese enfoque. La carencia de sujeto histórico fue el talón de Aquiles de esta exploración.

⁵ En este sentido puede observarse con nitidez la anticipación que tuvieron respecto del principio que luego dio origen a la teoría del caos, que indaga sobre los órdenes cuyo desarrollo o acción es impredecible.

antes hay que presentar su objeto empírico, ya que no estudiaban “sistemas” (como lo hacen las teorías sistémicas) sino uno en particular, perfectamente definido, aunque de manera independiente a sus preocupaciones más o menos inmediatas, este modelo relacional sirve para el estudio de cualquier objeto empírico.

b) En el plano empírico

Aquí es donde aparece la aparente mayor dispersión. El sistema capitalista fue el principal de sus objetos empíricos,⁶ pero no el único: las ciencias naturales, la tecnología, el arte militar, la filosofía, entre otros, también fueron objetos empíricos de su atención. En una primera aproximación puede parecer enciclopedismo, idea que se borra en cuanto la incorporamos a la de sistema. No se trataba de objetos dispersos ni subalternos, sino integrantes de la totalidad, pero específicos. El estudio acotado de determinados campos del conocimiento y la actividad social (tecnología, arte militar, economía, etc.) carece de interés fuera del marco conceptual de sistema relacional en el que se inscribe. No se trata de “segmentos”, sino de particularizaciones en zonas dinámicas del sistema social. A esto debe agregársele otro problema en la lectura de esta obra. Las habituales parcelaciones de Marx y Engels en “economistas”, “sociólogos”, “filósofos”, etc., sugieren que se confunden ambos niveles leyendo unilateralmente no sólo sus objetos empíricos, sino las *formas* específicas de abordaje, formas que, siendo rigurosos, tampoco encajan plenamente en ninguna matriz disciplinaria o discursiva, lo que se explica por la versatilidad de su objeto epistemológico. Esta dificultad de aprehensión crece en la medida en que se parcela la actividad científica y el pensamiento. La retracción hacia el

⁶ Todo objeto “empírico” es, necesariamente también, producto de una construcción teórica. Lo real no es autoevidente, tal como lo demuestra, por ejemplo, la vaca, la que por carecer de teoría no conoce; circunstancia ésta que se manifiesta cada vez que mansamente es arriada al matadero.





individualismo y el relativismo tornan de difícil aproximación epistemológica su objeto empírico; difícilmente hoy un científico se embarque en la aventura de estudiar “el capitalismo” como tal. No porque sea imposible, sino porque las matrices epistemológicas más en boga en la actualidad tornan inviable dicha empresa.

c) En el plano teórico

El tercer orden del objeto a considerar es el teórico, que tiene particular dificultad. Un objeto teórico es una postulación: no tiene existencia fáctica pero traza los rasgos de algo que puede tenerla; se asienta en observaciones empíricas que, enlazadas con el objeto epistemológico, genera un potencial cuya concreción es previsible pero no determinable. Dos ejemplos de objetos teóricos: la ley tendencial de la baja de la tasa de ganancia, y la revolución socialista.

Se trata, sin dudas, de uno de los temas más controvertidos y que ha sido fuertemente impugnado desde los distintos enfoques positivistas de la ciencia. Para el positivismo, tanto en su versión original como en sus vertientes más sofisticadas (Círculo de Viena, Popper, etc.) el objeto de la ciencia es lo dado, lo existente. En su radical oposición a la metafísica y a la ontología, el positivismo busca certeza sólo en lo observable. Esto lo conduce a una situación de negación de la crítica, es decir, de incapacidad para la gestión sobre los efectos de la ciencia. En una actitud un tanto ingenua, el positivismo supone que el mundo estudiado *ex ante* carece de vinculaciones *ex post* por vía, precisamente, de la intervención científica, cuyo nivel más primario es el del conocimiento. El conocer implica también diseñar, y todo diseño organiza la intervención humana posterior. La pretensión de verdad (término metafísico que el positivismo sustituye por el de “objetividad”, aunque no su sentido) es valorable viéndolo en perspectiva histórica, en la lucha de esta corriente contra el

pensamiento religioso, pero resulta regresivo cuando anula la crítica. Se trata de algo tan sencillo como que las postulaciones no tienen eficacia atemporal. Incluso el marxismo está sujeto a esa circunstancia: en un mundo no capitalista, la crítica de Marx y Engels habrá perdido sustento empírico.

Pero hay que enfocar adecuadamente el objeto teórico. ¿Qué es exactamente? Se trata de un potencial, de una situación de probable existencia, pero cuya verificación no sólo es *a posteriori* de su formulación, sino que la misma no resulta ineluctable. Ni la revolución ni la tendencia a la caída de la tasa de ganancia son postulados apodícticos. Se trata de tendencias, y como tales, orientaciones del sistema, pero cuya realización requiere de la acción humana. En el caso de la revolución, de una acción conciente en búsqueda de la misma (aunque debe recordarse que existieron y existen concepciones “derrumbistas” del capitalismo dentro del marxismo). En el caso de la ley tendencial de la baja de la tasa de ganancia, las recurrentes intervenciones de los líderes políticos desde el aparato estatal con la expectativa de evitarla o al menos morigerarla indican también que la ratificación ha de ser verificada. Se trata, por supuesto, de dos objetos teóricos de distinto origen y con disímiles sujetos dinamizadores. La revolución requiere de un partido, mientras que la tendencia a la baja de la tasa de ganancia es resultante de las fuerzas de los agentes económicos capitalistas en el mercado. No es objeto de este artículo analizar este problema, sino señalar que Marx y Engels los toman como objetos de estudio.

Volviendo a la pregunta original ¿es pertinente estudiar una postulación teórica? Desde el positivismo claramente no lo es. Desde el marxismo sí. La controversia parece estar en otro orden, el ético-político, y puede formularse de la siguiente manera: ¿los científicos deben hacerse responsable de sus actos? Y cuando enfoco el problema en la ciencia (los científicos) no debe escapar que se trata de





una actividad social, por lo que la pregunta, en términos más amplios, sería ¿la sociedad debe hacerse responsable de sus actividades? El estado actual (y el inmediato futuro) del planeta parece cancelar cualquier duda al respecto. Todo parece indicar que no sólo es lícito, sino necesario analizar no sólo lo existente, sino las consecuencias probables de la acción social.

Pero como esto es una cuestión que se limite a la ética, sino que involucra profundas cuestiones metodológicas, debe uno prestar atención a estas dimensiones.

2. El método

Delimitado el objeto epistemológico y el principal objeto empírico, resulta necesario abordar el método; lo que nos permitirá dimensionar adecuadamente la empresa de sus objetos teóricos. Sobre el método se han escrito importantes obras explicándolo (Althusser-Balibar), analizando su lógica interna (Dussel, 1991 [1985]), historizándolo (Rosdolsky, 1989 [1978]), razón por la que obviaré referirme a tales cuestiones, remitiéndome sólo a un aspecto que suele estar ausente en los diversos análisis, y que considero de suma importancia para una comprensión más cabal de la obra de Marx y Engels. Se trata de algo tan obvio como desusado en su observación: los límites que el método (cualquiera sea éste), considerado como el conjunto de operaciones internas de constatación y contraste de una teoría, le impone a ésta. El método es lo que diferencia entre la aplicación científica y la “silvestre” (diletante) de un cuerpo teórico. De modo que sus restricciones son centrales a la hora de comprender los alcances de una teoría.

Aunque ni Marx ni Engels dedicaron nunca un trabajo específico para analizar su propio método, el mismo aparece en diferentes

pasajes de su vasta obra.⁷ De todos ellos surge con nitidez una restricción: hasta tanto un fenómeno se encuentra plenamente desarrollado no es posible establecer las regularidades que lo organizan. Y por “plenamente desarrollado” entienden no su aparición más o menos episódica, sino su estabilización. Resulta estimulante y

⁷ “La sociedad burguesa es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Las categorías expresan sus condiciones y la comprensión de su organización permiten al mismo tiempo comprender la organización y las relaciones de producción de todas las formas de producción de todas las formas de sociedad pasadas, sobre cuyas ruinas y elementos ella fue edificada y cuyos vestigios, aún no superados, continúa arrastrando, a la vez que meros indicios previos han desarrollado en ella su significación plena, etc. La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Por el contrario, los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores pueden ser comprendidos sólo cuando se conoce la forma superior.” (Marx, 1987 [1953] I, p. 26). En idéntico sentido puede leerse: “[...] en la teoría se presupone que las leyes del modo capitalista de producción se desarrollan de manera pura. En la realidad, siempre existe sólo una aproximación, pero tal aproximación es tanto mayor cuanto más desarrollado está el modo capitalista de producción, y cuanto más se haya eliminado su contaminación y amalgama con restos de situaciones económicas anteriores”, Marx, K. y Engels, F., (1986 [1894], p. 222). “Para analizar las leyes de la economía burguesa no es necesario, pues, escribir la *historia real de las relaciones de producción*. Pero la correcta concepción y deducción de las mismas, en cuanto relaciones originadas históricamente, conduce siempre a primeras ecuaciones —como los números empíricos por ejemplo en las ciencias naturales— que apuntan a un pasado que yace por detrás de este sistema. Tales indicios, conjuntamente con la concepción certera del presente, brindan también la clave para la comprensión del pasado; un trabajo aparte, que confiamos en poder abordar alguna vez. Este análisis correcto lleva asimismo a puntos en los cuales, foreshadowing [prefigurando] el movimiento naciente del futuro, se insinúa la abolición de la forma presente de las relaciones de producción. Si por un lado las fases preburguesas se presentan como supuestos *puramente históricos*, o sea abolidos, por el otro las condiciones actuales de la producción se presentan como *aboliéndose a sí mismas* y por tanto como poniendo los *supuestos históricos* para un nuevo ordenamiento de la sociedad.” (Marx, K., 1987 [1953] I, p. 422). “De todo esto se deduce que el plan indicado sería exclusivamente el del método lógico. Pero, en realidad, éste no es otra cosa que el método histórico, aunque despojado de la forma histórica y de las casualidades perturbadoras [...] y su desarrollo ulterior no será otra cosa que el reflejo del curso histórico, bajo la forma abstracta y teóricamente consecuente; una imagen refleja corregida, pero corregida con arreglo a leyes que nos revela el curso histórico real, por cuanto que en todo momento puede considerarse partiendo del punto de desarrollo de su plena madurez, de su clasicidad.” (Engels, 1987 [1859], p. 379). En el famoso punto 4 del capítulo 1 de *El capital*, dedicado al fetichismo de la mercancía, Marx adopta una perspectiva similar: “La reflexión en torno a las formas de la vida humana, y por consiguiente el análisis científico de las mismas, toma un camino opuesto al seguido por el desarrollo real. Comienza *post festum* [después de los acontecimientos] y, por ende, disponiendo ya de los resultados últimos del proceso de desarrollo. Las formas que ponen la impronta de mercancías a los productos del trabajo y por tanto están presupuestas a la circulación de mercancías, poseen ya la fijeza propia de formas naturales de la vida social, antes de que los hombres procuren dilucidar no el carácter histórico de esas formas —que, más bien, ya cuentan para ellos como algo inmutable— sino su contenido.” (Marx, 1988 [1867], p. 92).





sugere que un siglo después, nutriéndose tanto de los avances de la psicología genética como las síntesis producidas en la Escuela de Bruselas por algunos científicos naturales, la epistemología constructivista arriba a idéntica conclusión: “De acuerdo con [la] metodología reductiva, *el punto de partida de la investigación está en las etapas más avanzadas*, en las cuales el análisis de los mecanismos se torna más claro.” (García, 2000, p. 51.) Más allá del cambio de términos (“reductivo” por “lógico”) no cabe dudas que refieren a lo mismo: se reafirma aquello de que “la anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono.”

La aplicación consecuente de este método tiene un límite insuperable (que a la vez lo conmina a ser científico): el despliegue máximo de los fenómenos; sólo en su total desarrollo, en sus “etapas más avanzadas” encontramos su rasgo típico, su “clasicidad”.⁸ Esta restricción opera en el orden de los objetos empíricos, pues razonablemente no se puede analizar lo que no existe y, de una manera muy particular, es esta restricción la que desencadena —y también ciñe, como veremos— el tercer orden de objetos enunciados: el teórico. Nuevamente estamos en el nudo de la radical distancia que tiene con el positivismo.⁹ La ley tendencial de la baja de la tasa de ganancia es un postulado; Marx no la podía constatar histórico-empíricamente, pero tenía a su disposición tanto los elementos de este

⁸ Obsérvese que esto es lo opuesto a la propuesta metodológica de Durkheim, quien encuentra en las formas elementales los fundamentos de los fenómenos complejos, y por ello se aboca al estudio de lo simple. (Durkheim, 1912).

⁹ Es notable (y comprensible) que aquello que se acepta de buen grado para otras disciplinas se niegue enfáticamente en este campo del conocimiento. Se sabe que la física relativista no “desmiente” (o refuta, en términos de Popper) la mecánica de Newton, sino que la complejiza, incorporándola en un nivel de comprensión superior que la explica y da cuenta de otros fenómenos. Sin embargo, para el uso corriente, para las dimensiones abarcadas por nuestras sensaciones, la física newtoniana sigue siendo útil. De manera análoga el marxismo “incorpora” lo útil del positivismo (su distanciamiento de la metafísica), pero lo supera, lo explica, sin menospreciar su operatividad en ciertos niveles científico-técnicos. No obstante el positivismo lo impugna como no científico (lo que es comprensible, ya que escapa a su marco epistemológico) y el irracionalismo (postmodernismo) lo impugna... como positivista. Ni positivistas ni postmodernos estarían dispuestos a impugnar la física de Newton.

orden como los epistemológicos para poder enunciarla.¹⁰ Sin embargo esta importante y hasta hoy debatida ley social no mereció mayor interés por parte del propio Marx; de hecho transcurrieron casi dos décadas entre su formulación (en 1864) y la muerte de éste (en 1883) sin que se decidiera nunca a publicarla. Su interés giraba en torno a otro objeto teórico: la revolución socialista. Y aquí reaparece la constricción impuesta por el método: ni Marx ni Engels vivieron una revolución socialista triunfante, que era su objeto (teórico); nunca pudo ser su objeto “clásico” o empírico de estudio. Es importante advertir que el carácter social de una revolución no se encuentra a priori, sino por lo que deviene una vez establecida y estabilizada. Revoluciones democráticas devinieron socialistas, a la vez que revoluciones que se plantearon como socialistas devinieron democráticas. Cuba y Nicaragua son dos ejemplos elocuentes en nuestro continente.

De modo que esto limitó fuertemente su producción, y no tuvieron otro camino que tomar por ciertas las inferencias a que arribaban a partir de las tendencias que analíticamente establecían. Si se lee atentamente su obra, se notará que está plagada de advertencias en tal sentido.¹¹ La historia se ocupó de corroborar lo acertado del grueso de ellas —y es ciertamente llamativa la vulgata antimarxista que pregona ciertos “desaciertos” históricos, confundiendo la acción política de Marx y Engels (interesados en la revolución alemana) con predicciones que están por fuera de toda su teoría; éste, como otros mitos, surgen de la profunda ignorancia de la obra de estos autores—. No obstante, el análisis de los momentos más avanzados de la lucha de clases es evidentemente pobre y desdibujado.¹² Este fue el límite para Marx y Engels, impuesto por su propio método; no así para el

¹⁰ El complejo análisis de las tendencias y contratendencias no es otra cuestión que la puesta en juego del análisis relacional, es decir, el orden epistemológico.

¹¹ Es particularmente aleccionadora en este sentido la respuesta de Marx a Vera Zasúlich sobre las vías de desarrollo del socialismo en Rusia. Cf. Marx, K. (1980).

¹² Cf. *infra* el extracto del *Manifiesto del Partido Comunista*, en particular la enunciación del tercer momento de la lucha de clases.





marxismo, que no sólo vio, sino que protagonizó revoluciones. Esta advertencia es necesaria para comprender adecuadamente lo que sigue.

3. La ley de la lucha de clases

Dijimos que Marx y Engels organizan su teoría en torno a una ley social, la de la lucha de clases, de la que no ostentan su descubrimiento, sino únicamente la observación de su operatividad histórica, tal como el propio Marx reconocía.¹³ En la obra liminar, *El Manifiesto del Partido Comunista*, expresan que “toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases.” Como se observa, su enunciación, en un nivel de abstracción tan elevado, es poco útil por cuanto su invariabilidad la tornaría inocua, toda vez que su eficacia sería idéntica en cualquier circunstancia. Por otra parte, en estos términos su aceptación o rechazo sin más constituiría casi un acto de fe, ya que su inmutabilidad la volvería inobservable. No obstante, los fundadores del materialismo dialéctico no permanecieron en dicho enunciado, y desarrollaron su operacionalización. Justamente la importancia de esta ley está en su variabilidad: se distinguen distintos estadios de su actividad reguladora, cada uno de los cuales posee, como veremos, su propia legalidad. La primera formulación de su operatividad se encuentra en la respuesta que Marx le diera a P. J. Proudhon en ocasión de la publicación de éste del *Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la*

¹³ En una carta enviada a Georg Weydemeyer el 5 de marzo de 1852, Marx le escribía: “[...] no ostento el título de descubridor de la existencia de las clases en la sociedad moderna, y tampoco siquiera de la lucha entre ellas. [...] Lo que yo hice de nuevo fue demostrar: 1) que *la existencia de las clases* está vinculada únicamente a **fases particulares, históricas, del desarrollo de la producción**; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la *dictadura del proletariado*; 3) que esta misma dictadura sólo constituye la transición a la *abolición de todas las clases* y a una *sociedad sin clases*.” (Marx, K. y Engels, F., 1947, p. 73. Negritas nuestras).

miseria.¹⁴ En respuesta a ese extenso texto Marx publicó en 1847 la *Miseria de la filosofía*, en cuya última parte enuncia las etapas de la lucha de clases. Meses después tales párrafos serán incluidos casi sin alteraciones en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Vale citarlo en extenso.

“El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después, por los obreros de una misma fábrica, más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del artesano de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su pro-

¹⁴- [1846] Hay una traducción al castellano realizada por Pi y Margall (1975), Madrid, Júcar, 1975, en dos volúmenes. En su obra Proudhon abogaba por una transición “natural”, en sentido evolucionista mecanicista, del capitalismo a un orden social no contradictorio. En una carta que le enviara a Marx en mayo de 1846, le decía: “Tal vez conserve usted todavía la opinión de que actualmente no es posible ninguna reforma sin un golpe de mano, sin lo que antiguamente se llamaba una revolución y que no es más que un simple sacudimiento. Le confieso que mis últimos estudios me han hecho apartar completamente de ese criterio [...]. Creo que no tenemos necesidad de él para tener éxito y que, en consecuencia, no debemos plantear en absoluto la acción revolucionaria como medio de reforma social [...]” Esta carta aparece citada en el prólogo escrito por Diego Abad de Santillán a la obra citada. (1975, I, p. 15).

Marx le reprocha el ahistoricismo en el tratamiento de las categorías económicas, que Proudhon adopta como naturales. “Las categorías económicas no son otra cosa que las expresiones teóricas, las abstracciones de las relaciones sociales de producción. [...] Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales conforme a su productividad material producen también los principios, las ideas y las categorías conforme a sus relaciones sociales.

“De suerte que estas ideas, estas categorías, son tan poco eternas como las relaciones que expresan, siendo productos históricos y transitorios.” (Marx, 1985 [1847], p. 126).





pia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de

clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia de los propios obreros. Pero resurge, y siempre más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.” (Marx, K. y Engels, F., 1974 [1848], pp. 118-119).

En ellos surge nítidamente la delimitación de tres momentos de la lucha de clases: el primero configura una situación de máxima disimetría de poder; el proletariado existe como clase en-sí (en la terminología hegeliana), es decir, objetivamente.¹⁵ Sin embargo, aún en esas condiciones hay lucha “entablada por obreros aislados”, pues conforman “una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia”, unida por la clase que los domina y organiza, aún como fuerza de choque, contra los enemigos de su enemigo. En el segundo momento, el proletariado se autoorganiza en términos defensivos: “el sostenimiento del salario, este interés común que tienen contra su patrono, los reúne en un mismo pensamiento de resistencia: coalición. Así, la coalición tiene siempre un doble objeto: el de hacer que cese entre ellos la competencia, para poder hacer una competencia general al capitalista.” (Marx, 1985 [1847], p. 187). (Más tarde Lenin llamaría a este momento lucha “tradeunionista”). Finalmente el tercero es cuando se organiza ofensivamente, como partido político; en él “«El combate o la muerte; la lucha sangrienta o la nada. Así es como la cuestión se

¹⁵- “En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllos forman una clase.” (Marx, 1974 [1851/2], p. 490).





halla planteada de una manera invencible.» (George Sand)”. (*Ídem*, p. 189).

Hemos presentado esquemáticamente estos tres “momentos” de la lucha de clases. El entrecomillado intenta remarcar lo provisorio de la categoría. En efecto, “momento” puede remitir fácilmente a una etapa temporal, cuando en realidad su planteo no es histórico, sino lógico. Cada uno de ellos expresa una configuración con propiedades específicas, cuya variabilidad temporal es el indicador que debe observarse en un proceso histórico para reconocer el pasaje de un “momento” a otro. Nos enfrentamos aquí con un problema epistemológico peculiar, que fuera brillantemente intuido por Antonio Labriola: no se trata ni de una descripción histórica, ni mucho menos de una profecía, sino de una morfología;¹⁶ la lucha de clases transita distintos “momentos”, conectados entre sí, y es justamente a su estudio formal a lo que se abocaron Marx y Engels. Hemos visto sucintamente la cuestión del método. Nos basta con tomar nota de la no historicidad de este párrafo.¹⁷ ¿De qué se trata entonces? Dijimos que se trata de “momentos” formales. Y tales formas refieren a los procesos de conformación y distribución de fuerzas sociales que constituyen un equilibrio inestable, dinámico, homeorrésico, históricamente variable, aunque indeterminable a priori, que sólo se puede colegir a partir de su resolución, esto es, a posteriori. Cada equilibración conforma uno de dichos “momentos”, que, en afán de precisión, podemos denominar “estadio”, categoría tomada de la epistemología genética. Un estadio, a diferencia de “etapa”, “período”, “fase” o “momento” enfatiza la

¹⁶ - Labriola, Antonio; *En memoria del Manifiesto Comunista*, citado por Sereni, E., 1986, p. 83.

¹⁷- Este problema es recurrente en la lectura “ingenua” de los textos marxianos. Así, por ejemplo, hay quienes suponen que la cooperación precede históricamente a la manufactura, y ésta a la gran industria, cuando en verdad se trata de diversos niveles de abstracción para el tratamiento de un tema. Del mismo modo, el capítulo sobre la acumulación primitiva u originaria está al final del tomo I de *El capital* deliberadamente, pues ofrece una teoría sistémica de la transición. Pese a ello, hay una muy habitual lectura histórica de dicho capítulo. Podríamos seguir enumerando situaciones similares.

interioridad (la homeorresis), en tanto las otras categorías es difícil disociarlas de la temporalidad que evocan. En su intemporalidad, la categoría “estadio” refiere necesariamente a un modelo, a una abstracción, y no a un momento histórico-concreto. No se trata, por supuesto, de los estadios propuestos por Comte,¹⁸ aunque guardan cierta similitud formal con ellos, en el sentido de que representan distintas equilibraciones, siendo los de orden “superior” —o más desarrollados— más dinámicos que los de orden “inferior” o primitivos, sin que los elementos estructurales “previos” (es decir inferiores) desaparezcan (en los superiores), quedando, por el contrario, subsumidos en el nuevo equilibrio, bajo otra organización.¹⁹ A estas formas de equilibración las llama “estructuras variables” o “progresivas” y corresponden a una organización original de los elementos constitutivos. Jürgen Habermas aporta otra característica: la teleonomía.²⁰ No hay, en la sucesividad de los estadios, preestablecimientos determinantes, sino elementos concurrentes que son los que permiten la reequilibración. Esto permitiría explicar la “involución”, cuestión que trataremos luego. Por ahora nos basta con reconocer que cada estadio implica una determinada subjetividad, una visión del mundo más o menos generalizada, valores que tienden a universalizarse, y una dinámica y equilibrios sociales propios, entre otras características. La jerarquización (mayor-menor, superior-inferior) no implica juicios de valor, sino que expresa una escala que podríamos llamar “de incertidumbre”: al menor desarrollo de la lucha de clases menor

¹⁸- En este autor los mismos son sucesivos e irreversibles, constituidos en base al grado de develamiento ideológico y desalienación mítico-religiosa de la humanidad. (Comte, 1984 [1844], Primera parte, capítulo 1).

¹⁹- “Cada uno de [los] estadios se caracteriza [...] por la aparición de estructuras originales, cuya construcción las distingue de los estadios anteriores. Lo esencial de estas construcciones sucesivas subsiste en el curso de los estadios ulteriores en formas de subestructuras sobre las cuales habrán de edificarse los nuevos caracteres.” Piaget, J., 1985 [1964]: 15.

²⁰- Los estadios son “evolutivos, discretos y cada vez más complejos, sin que sea posible saltarse cualquier estadio, dado que cada estadio superior —superior según un modelo de desarrollo que se puede reconstruir racionalmente *a posteriori*— «implica» al precedente”. (Habermas, 1992 [1976], p. 62).





incertidumbre sobre su resolución, ya que la reproducción social está prácticamente garantizada; a un mayor desarrollo de la lucha de clases, mayor incertidumbre por cuanto se abren las posibilidades de cambio social, o incluso de cambio revolucionario.

De modo que para cada estadio corresponden lógicas analíticas particulares por cuanto configuran, cada uno de ellos, estructuras de acción y de sentido específicas, que invalidan la aplicación de categorías correspondientes a uno de ellos para el análisis de procesos conformados en un estadio diferente. Esto no es una novedad teórica. Tal indicación proviene nada menos que de Engels en 1894, en el Prólogo a la edición del Libro III de *El Capital*.²¹

4. Los estadios de la lucha de clases

Marx y Engels señalan, dijimos, tres estadios en que opera la lucha de clases, que es como decir tres *formas* específicas de acción de esta legalidad. A cada una, también anticipamos, corresponden condiciones y dinámicas propias. Vamos a adentrarnos en eso. Por razones de espacio no puedo sino presentar el problema de forma más o menos esquemática, reservando para otra ocasión una mejor exposición. A los tres estadios corresponden tres lógicas o dinámicas propias, a las cuales corresponden, anticipamos, formas inteligibles propias: en el primero, el más primitivo —entiéndase que estamos considerándolo lógico-estructuralmente, donde lo primigenio indica lo más simple— la lógica sobre la que se establece su dinámica es la del mercado: oferta y demanda. Allí encontramos vendedores y compradores de mercancías, entre otras, de fuerza de trabajo. El

²¹ “Se sobreentiende que cuando no se conciben las cosas y sus relaciones recíprocas como fijas, sino como variables, también sus reflejos en la mente —los conceptos— se hallan igualmente sometidos a modificaciones y renovación, que no se los enclaustra en definiciones rígidas, sino que se los desarrolla dentro de su proceso de formación histórico o lógico, respectivamente.” (Marx, K. y Engels, F., 1986 [1894], p. 16).

segundo estadio se organiza en torno a la lógica de las negociaciones, en que los sujetos, organizados en corporaciones, utilizan su potencial en demostraciones de fuerza; así, las huelgas o el boicot por un lado, y el desempleo o el *lock out* (u otras demostraciones del poderío burgués) por otro, constituyen parte de la puesta en escena de una puja que mantiene implícitas las regulaciones del capitalismo. El fiel de la balanza es el salario total (salario directo mas salario indirecto). Aquí la clase obrera actúa como clase, y es, también, su techo de actuación como tal. El tercer estadio se ordena en función de una dinámica propia que es la de la guerra, lógica que engloba también a la política, que es una simulación de la guerra o, si se me permite la imagen, una guerra sin sangre ni violencia fácilmente perceptible. Las leyes de la guerra tienen una lógica que le es propia, aunque reconocen líneas de continuidad con las lógicas prevalecientes en los estadios I y II.²²

Fácilmente puede comprenderse que se trata de distintas configuraciones en las relaciones de fuerza, de la mayor a la menor disimetría según pasemos del estadio I al III. Esto supone, además, un tipo de sujeto con variables niveles de agregación. Considerando que se trata de una relación, tenemos en el estadio I proletarios (clase en-si) vinculados con la clase capitalista; en el estadio II coaliciones obreras vinculadas a coaliciones capitalistas; en el estadio III un partido político-militar revolucionario vinculado a una fracción burguesa que resiste desde el aparato estatal pero con débiles vínculos con otras fracciones burguesas. Finalmente, tenemos también diferentes formas

²² El propio Clausewitz (1983 [1832]) reconocía estas similitudes: “La guerra no pertenece al campo de las artes o de las ciencias, sino al de la existencia social. Es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamientos de sangre, y solamente en esto se diferencia de otros conflictos. Sería mejor, si en vez de compararlo con cualquier otro arte lo comparáramos con el comercio, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas; y se parece mucho más a la política, la que, a su vez, puede ser considerada como una especie de comercio en gran escala. Más aún, la política es el seno en que se desarrolla la guerra, dentro de la cual yacen escondidas sus formas generales en un estado rudimentario, al igual que las cualidades de las criaturas vivientes en sus embriones” (p. 91). A partir de estas líneas de continuidad se ha montado un negocio editorial que falazmente intenta extrapolar las leyes de la guerra a situaciones “de negocios” (estadio I).





que adoptan los enfrentamientos: desde las contractuales (compra-venta de fuerza de trabajo), pasando por las acciones de clase (huelgas), hasta las militares. Centrándonos en el campo social que nos interesa, mutan asimismo las personificaciones: obrero-vendedor de fuerza de trabajo (estadio I), obrero-clase (estadio II), revolucionario (estadio III). Cada estadio, en consecuencia, debe estudiarse en su especificidad, es decir, acudiendo a las categorías analíticas que se adecuan al mismo, y enmarcado en la legalidad que regula la actividad social del mismo. No tener observancia de estas cuestiones constituye lo que en lógica se denomina falacia. En gran medida, buena parte del marxismo actual está impregnado de estas falacias.

Como en esta apretada exposición estamos presentando un esquema, deben tenerse en cuenta algunas consideraciones porque fácilmente se puede argüir que la realidad no siempre es tan ordenada: de hecho, mientras se desarrolla una guerra civil revolucionaria hay huelgas (estadio II), compra-venta de fuerza de trabajo (estadio I), e, inversamente, puede existir algún destacamento revolucionario que intente desarrollar acciones armadas en una situación propia del estadio I o II. ¿Qué delimitación tiene, entonces, un estadio? Se trata no de la uniformidad de las acciones en que se expresa la lucha de clases, ni siquiera de cuáles son las acciones generales o más extendidas en cantidad, sino de aquellas que tienen la capacidad de imponer al conjunto de la sociedad la dinámica que le es propia a ese tipo de acción. Dicho en otras palabras: aquellas que tienen la facultad de ordenar al conjunto social de acuerdo a su propia regulación. Esto tiene, como es característico de toda ley social, carácter objetivo, en un doble registro: como objetivación de las acciones realizadas (esto es, establecida *post factum*) y también como síntesis de la multiplicidad de acciones individuales, de las cuales se pierde su sentido propio o

subjetivo.²³ No basta, sin embargo, con una referencia abstracta. Los procesos se desarrollan en un tiempo y espacio dados. Será menester, por consiguiente, dar cuenta de estas dos dimensiones, ciertamente complejas.

5. El problema de la temporalidad

La inscripción temporal de los procesos tiene una dificultad en su concepción. El tiempo —al igual que el espacio, cosa que luego abordaremos— no es mero continente. No se trata de una flecha temporal “externa” sobre la que se data el desarrollo de acontecimientos, sino que los mismos producen también la temporalidad. Marx en diversos pasajes de su obra da sobrados indicios de esto, aunque nunca se dedicó a sistematizar el problema. Althusser y Balibar plantean la cuestión, pero derivan en otro tipo de resolución al que adoptaremos aquí. Abordemos primeramente la formulación de Marx y Engels sobre esto. En *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (1852) Engels sostenía que “[...] durante estas conmociones violentas, hace a la nación que recorra en cinco años más camino que recorrería en un siglo en circunstancias ordinarias.” (Engels, 1974 [1851/2], p. 335). Una década después Marx retomaba esta idea, en una carta al propio Engels, del 9 de abril de 1863, en la que le planteaba que “sólo los pequeños Spiessgesellen (pequeños burgueses) alemanes, que miden la historia mundial con la yarda y con las últimas «noticias interesantes del diario», podrían imaginar que en desarrollos de tal magnitud veinte años son más que un día; aun cuando en el futuro pueden volver días en que estén corporizados veinte años.” (Marx, K. y Engels, F.; 1947, p. 165). El planteo es claro: el tiempo histórico carece de homogeneidad. Aquí es

²³- El concepto de “hecho social” demarcado por Durkheim es de utilidad, con la salvedad de que no estamos refiriéndonos a hechos, sino a una ley. No obstante las características son las mismas: coercitivas, exteriores y objetivas. (Durkheim, [1895], “Prólogo a la segunda edición”).





justamente donde retoman Althusser y Balibar, quienes argumentan que “[...] ya no es posible pensar *en el mismo tiempo histórico* el proceso del desarrollo de los diferentes niveles del todo. El tipo de existencia histórica de estos diferentes «niveles» no es el mismo. Por el contrario, a cada nivel debemos asignarle un *tiempo propio*, relativamente autónomo, por lo tanto, relativamente independiente en su dependencia, de los «tiempos» de los otros niveles.” (Althusser, L. y Balibar, E.; 1983 [1969], p. 110). Sin embargo, estos autores discuten con los historiadores desde una perspectiva parcialmente distinta a la que presentaremos aquí: ponen su acento en las interrupciones en las continuidades históricas; o, expresado en otros términos: cómo periodizar.

Aunque dicha perspectiva es necesaria —y no abundaremos sobre lo que ya está escrito, y bien— queda una cuestión sin plantear, que es la de cómo los propios Marx y Engels trataron el tema de la temporalidad. Puede verse, en este sentido, muy claramente una doble aproximación al tiempo. La primera de ellas está presente en *El capital*, obra que bien podría ser leída como un tratado sobre el tiempo social. En este trabajo el tiempo aparece desde el primer capítulo: la mercancía se relaciona con otras (el valor) en función del trabajo, medido en tiempo medio socialmente necesario que tiene incorporado. A partir de allí, los vínculos se establecerán con esta mediación. Así explican el proceso de intercambio, la compra-venta de fuerza de trabajo, la explotación, la circulación, la acumulación capitalista. El tiempo aparece como escansión de la actividad humana sensible, encorsetándola, determinándola, dominándola. Para ello Marx establece tres secciones (De Giovanni, 1984 [1976], p. 38): el tiempo de trabajo “necesario”,²⁴ el “excedente”²⁵ y el “conservado” (o pretérito

²⁴- “[...] la parte del tiempo de trabajo objetivado (del capital) que se presenta como equivalente de la disposición sobre la capacidad viva de trabajo, parte que, por tanto, debe remplazar como equivalente al tiempo de trabajo objetivado en esa capacidad de

o muerto).²⁶ Pero estas secciones no son secuenciales en una flecha temporal, sino distinciones analíticas (claramente el tiempo “conservado” atraviesa las otras dos secciones, despejando toda duda sobre su interpretación). Se trata, para decirlo en términos de Engels, de tiempo “lógico”, no histórico. No obstante, tienen un tratamiento del tiempo histórico (que no es cronológico). Aquí es donde cobran importancia las referencias antes citadas. Una vía posible de exploración es la de Althusser y Balibar. Otra manera de aproximarse a esta cuestión es analizar la variabilidad de “densidad” del tiempo histórico: en un momento se acelera, en otro se enlentece hasta casi desaparecer. En *El 18 Brumario* Marx nos habla de la “historia sin acontecimientos; un proceso cuya única fuerza propulsora parece ser el calendario [...] pasaje de la historia pintado en gris sobre fondo gris”. (Marx, 1974 [1851/2], p. 429).

De manera evidente el tratamiento del tiempo es distinto al tiempo-escansión. Aquí presenta con claridad una noción de la variabilidad temporal, pero del tiempo histórico. Se trata de un tiempo social e inmediatamente producido por la acción de fuerzas sociales políticas, de cuya acción el tiempo es resultante. Tiempo de “alta densidad” para los períodos de mayor desarrollo de la lucha de clases, tiempo de “baja densidad” para los períodos de escaso desarrollo. El primero es el tiempo álgido de la guerra, en la que dos dimensiones son cruciales: la iniciativa (que indica quién tiene la capacidad de imponer los términos de la lucha) y la ofensiva/defensiva, que indica el momento de la relación de fuerzas. La determinación de ambas construye una temporalidad acorde a los requerimientos de una de las

trabajo; es decir, remplazar los costos de producción de la capacidad viva de trabajo [...]” (Marx, 1987 [1953] I, p. 305).

²⁵- “Lo que el tiempo de trabajo vivo produce de más no es reproducción, sino nueva creación, y precisamente nueva creación de valores, ya que se objetiva nuevo tiempo de trabajo en un valor de uso.” *Ídem*.

²⁶- “Que a la vez el tiempo de trabajo contenido en la materia prima y en el instrumento, no se debe a la cantidad del trabajo, sino a su *calidad* como trabajo en general [...]”. *Ídem*.





fuerzas confrontantes, en tanto la otra lo padece. El segundo tiempo, en cambio, es “estructural”, cuando la política es unipolar —y, por lo tanto, aparece naturalizada, como “bien común”— el tiempo es el de la producción, aquel en el que el obrero muere “24 horas al día”.

De manera escueta queremos enfatizar la dualidad analítica que utilizan tanto Marx como Engels a la hora de considerar la temporalidad, dependiendo de la etapa de la lucha de clases analizada. Otro tanto ocurre con el tratamiento del espacio, la otra dimensión que tampoco es mero continente del proceso que estamos tratando.

6. El problema espacial

Nuevamente vamos a poner de relieve el doble tratamiento que tienen las dimensiones constitutivas del marco analítico de la lucha de clases. El tratamiento del espacio es diferencial según lo abordemos en *El capital* o en *El Manifiesto*; en el primero es condición de la cooperación y, por ende, del taller y la gran industria, mientras que en el segundo aparece como una escala en la que se “mide” el grado de desarrollo de una fuerza revolucionaria (“[...] basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, [...] se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases”). Pero hay más. El libro II de *El capital* puede leerse como un análisis del espacio, aún cuando casi no hay referencias explícitas al mismo. Aparece como la condición de posibilidad de la realización del valor/plusvalor; sin la venta, no hay tal posibilidad, y la venta supone la distribución, es decir, la expansión de las mercancías en el espacio. Obsérvese bien, expansión en el *mayor* espacio en el *menor* tiempo posible. La escala planetaria en tiempo cero sería la utopía del capitalista. Es menester, para un mayor desarrollo del capital, el empequeñecimiento relativo del espacio. ¿Qué es esto, sino la llamada “globalización”?²⁷ Sin embargo, el tratamiento

²⁷- Esta idea está contenida en el artículo del geógrafo Harvey, 2007 [1981].

implícito del mismo indica que se lo considera homogéneo, como una dimensión abstracta y constante. Veamos el otro tratamiento del espacio. Su expansión le otorga carácter político a la lucha. En la medida en que se “nacionaliza” se torna política; esto es, en la medida en que se equipara a la unidad espacial de dominación burguesa. El espacio puede ser considerado, entonces, como una mensura de la relación de fuerzas. Pero se puede, incluso, pensarlo en otra dimensión. Los análisis de Engels sobre la reforma de Haussmann evidencian este otro abordaje: el espacio como ámbito de construcción/disputa de la dominación. (Engels, 1974 [1871/2] II, pp. 371-2).

El Estado nacional es una forma de organización política del espacio, pero es una organización burguesa. El llamamiento de Marx al internacionalismo, que hizo práctico al fundar en 1864 la Asociación Internacional de Trabajadores, instaba a un tipo de territorialización diferencial, que poco tenía que ver con la “hermandad” de los trabajadores, y sí con la eficacia política de éstos. Marx ya avizoraba lo que plantearía en 1867 en el último capítulo del libro I de *El Capital*: que para el sostenimiento del capital era imprescindible su expansión, y esto se hacía territorialmente, mediante las colonias. El fallido intento de la A.I.T. (que feneció en 1872) se debió a múltiples causas, entre otras, que no existió una fracción lo suficientemente lúcida como para desarrollar esa política.²⁸ Pero, aún más profundo que eso: pese a los múltiples esfuerzos no logró constituirse en un partido *real* —esto es, en un factor de poder—, y no sólo debido a la disputa entre los seguidores de Bakunin, Proudhon y Marx, sino porque contenía, desde su nombre, un problema: se basaba en la clase y no en el partido.

²⁸ - Esta defección ocurrió más visiblemente en la IIª Internacional, que fue el nuevo intento de reagrupamiento de fuerzas revolucionarias. Este fracaso tuvo marco en la primera guerra mundial. Desde entonces, los sucesivos intentos también fracasaron.





La dimensión espacial se vuelve crucial en tiempos como los actuales, de profundas redefiniciones territoriales. Los Estados nacionales no cumplen, para el capitalismo financiero, las mismas funciones que para el capitalismo industrial, sobre el cual fueron dimensionados. La expansión de corporaciones multinacionales diversificadas, por ejemplo, plantea el problema de la agremiación de los trabajadores. Una profunda revisión del espacio es necesaria para la acción gremial y política.

7. La transición de la clase al partido

Sobre este tópico es sobre el que existen, a mi juicio, los mayores obstáculos epistemológicos de gran parte de los marxistas. Habida cuenta que Marx y Engels señalaron repetidas veces que: 1) la clase obrera (industrial) era la que estaba llamada a ser el sujeto revolucionario, y 2) que dicha clase devendría en el partido revolucionario. Lo primero era así toda vez que la clase obrera era la única “que no tiene nada que perder, excepto sus cadenas”. Pero no fue la realidad exacta con que se encontraron ni Lenin ni Mao, por sólo citar a dos revolucionarios incuestionablemente marxistas. El primero no contaba con un proletariado industrial consolidado; eran —en su mayoría— campesinos devenidos obreros recientemente (Cf. Figes, O.; 2000 [1996]). El segundo por no contar prácticamente con obreros en su país, de base principalmente campesina. Claro que los campesinados ruso y chino, que diferían mucho entre sí, también diferían con el francés anatematizado por Marx en *El 18 Brumario*. La realidad se impuso por sobre los dogmas y recurrieron a los fundamentos teóricos para hacerse de lo que tenían a mano. No esperaron al desarrollo del capitalismo para tener un proletariado

industrial poderoso.²⁹ Sobre la otra cuestión, el más cauto Engels llamó la atención en la Introducción que en 1895 escribió a *La lucha de clases en Francia. 1848-1850*. En él advierte que “Aquí [...] se trataba de poner de manifiesto [...] el nexo causal interno; se trataba pues de reducir [...] los acontecimientos políticos a efectos de causas, en última instancia económicas [...] aquí el método materialista tendrá que limitarse, con harta frecuencia, a reducir los conflictos políticos a las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases existentes determinadas por el desarrollo económico, y a poner de manifiesto que los partidos políticos son la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases y fracciones de clase.” (1974 [1895], p. 190-1). Esta doble advertencia nos habla de la conciencia de los propios límites, uno de los cuales era asimilar los conflictos políticos a las luchas determinadas por lo económico, y a considerar que los partidos expresan más o menos adecuadamente a las clases y sus fracciones. Pero también nos pone sobre aviso respecto a su provisoriedad.

En buena medida las enormes dificultades que tuvieron Marx y Engels para zanjar la cuestión de la clase y el partido fue porque no tuvieron a la vista un partido revolucionario (la realidad desplegada que requiere el método), razón por la que titubearon entre distintas apreciaciones,³⁰ ninguna de las cuales satisfizo a Lenin,³¹ quien adoptó

²⁹- Se podría argüir que Lenin “demostró” que en Rusia se había desarrollado el capitalismo. La famosa investigación de Lenin (1981 [1899]), hoy parcialmente cuestionada por su sobrevaloración de algunos factores, debiera ser leída en el marco de la entonces incipiente polémica con los populistas y los economistas.

³⁰- Según Monty Johnstone (1971, pp. 106/7), Marx y Engels oscilaron entre cinco posiciones: “(a) la pequeña organización internacional de cuadros comunistas (la Liga de los Comunistas – 1847–1852); (b) el ‘partido’ carente de organización (durante el reflujo del movimiento obrero – década de 1850 y principios de la de 1860); (c) la amplia federación internacional de organizaciones obreras (Primera Internacional – 1864–1872); (d) el partido marxista nacional de masas (Socialdemocracia alemana – década de 1870, 1880 y principios de la de 1890); (e) el amplio partido nacional de los trabajadores (Gran Bretaña y los Estados Unidos – década de 1880 y comienzos de la de 1890) basado en el modelo cartista.”

³¹- Rossana Rossanda (1987, p. 2) sostiene que “lo que separa a Marx de Lenin (y no en el sentido de que Lenin haya completado un esbozo dejado inconcluso por Marx,





su propio camino, por entero distinto a los diferentes balbucesos de Marx y Engels sobre la cuestión, aunque siendo fiel al método. Sin perjuicio de ello, los autores que abordamos tuvieron ricas aproximaciones al problema, pues, si bien es cierto que no tuvieron partidos revolucionarios a la vista, también lo es que pudieron analizar situaciones políticas reales, particularmente las desarrolladas en Francia a mediados del siglo, que es donde utilizan la categoría de “fuerza social”, pero en sentido distinto a la usada en *El capital*, donde también la usan, aunque sólo que en términos productivos: “fuerza social de producción” o “fuerza productiva social”. Bastante se ha escrito sobre el tema.³² Las confrontaciones reales (fundamentalmente las que se libran en el estadio II) se dan entre fuerzas sociales políticas. ¿Qué son éstas? Composiciones de fuerza en contra de un objetivo común. Se trata, en lo sustancial, de alianzas, más o menos estables, más o menos conscientes, pero concurrentes en un fin negativo: en contra de algo o alguien. Pero aún no son “partido”. El partido tiene especificidad, como veremos seguidamente. Si es revolucionario o no es algo que no se establece *a priori*, sino que se determina —siguiendo el método de Marx y Engels— *a posteriori*: si fue capaz de desarrollar una revolución —sea ésta triunfante o fracasada—, para lo cual es menester que se haya arribado al estadio III de la lucha de clases. Todo lo anterior es un compendio de intenciones y subjetividades.³³

sino en el sentido de que las dos concepciones van en direcciones opuestas) es que aquél nunca considera la organización más que como un momento eminentemente práctico, un instrumento plástico y mutable, un reflejo que constituye el único objeto real de la revolución: el proletariado.”

³²- En nuestro medio pueden consultarse, aunque no está sistematizado, Marín, J. C. (1981). La mejor sistematización puede verse en Bonavena, P. (s/d). También Harnecker, M. (1986 y 1987).

³³- Esto plantea el problema no menor de la acción política. ¿Cómo es posible actuar “científicamente” si la ciencia sólo puede expedirse a posteriori de los hechos? Debe recordarse en tal sentido que Gramsci formulaba al marxismo como la “filosofía de la praxis”. Insisto en que este es el punto de mayor incompreensión por parte de los positivistas, que suponen que el marxismo es, en el mejor de los casos, una “profecía autocumplida”, cuando no lisa y llanamente un desesperado grito de dolor ante la injusticia del mundo (Durkheim). Como suele ocurrir en estos desaguizados hay parte de verdad y parte de confusión. La teoría de Marx y Engels puede comprenderse en

He aquí parte del meollo teórico, que sólo se puede resolver dialécticamente: la clase deja de ser tal cuando se conforman las fuerzas sociales, que, sin embargo, toman de las clases su contenido. Y los partidos son una variante extrema devenida de las fuerzas sociales, pero no son fuerzas sociales; han mutado, tienen especificidad. No hay, por consiguiente, más continuidad entre clase y partido que la que puede haber entre los átomos y la persona (que, no hay dudas, está compuesta por átomos). Lo que determina el carácter social de un partido es su acción, y no su composición,³⁴ y la acción sólo es analizable una vez realizada. Con esto quiero poner de relieve que, más allá de las autopercepciones, el carácter revolucionario o no, socialista o no, de un partido, se ve en su acción, y —de manera bastante obvia— en cómo se organiza para ella. La mayor peculiaridad que tiene el partido respecto de otras formas de agrupamiento es su capacidad de ejercicio de la violencia sistemática y con arreglo a un plan centralizado.³⁵ Un partido es, siempre, un partido-ejército. No debe

la academia, pero su aplicación excede, por mucho, sus muros. En la acción política el revolucionario deberá contar con la mayor cantidad de evidencias posibles para trazar un pronóstico (probabilístico), que de ninguna manera es realidad aún, sino que, si las líneas analizadas son relativamente acertadas, constituyen las condiciones de posibilidad certeras sobre las que trazar las actividades que coadyuvan a delinear acciones para establecer nuevas relaciones de fuerzas. Se conjugan, entonces, la ciencia (que determina, en el mejor de los casos, la situación *hasta* el momento del análisis) y la acción política, fundada en su diagnóstico, que configurará la situación *desde* entonces en adelante. Suele ocurrir que ante situaciones más o menos inesperadas el entusiasmo obnubila la razonabilidad de muchos, llevándolos a confundir el deseo con la realidad. Los análisis sobre lo ocurrido en diciembre de 2001 en Argentina me eximen de mayores comentarios al respecto. Lamentablemente no se trató sólo de un error coyuntural, ya que muchos insistieron aún años después, pese a que la impertérrita realidad los desmiente a diario, profundizando no sólo sus propios errores, sino desprestigiando enormemente una teoría de incuestionable potencia transformadora, generando así la paradoja de hacer, finalmente, exactamente lo opuesto a lo que se proponen.

³⁴ “[...] el que un partido sea o no un auténtico partido político obrero no depende solamente de si está integrado por obreros, sino también de quién lo dirige y del contenido de sus acciones y su táctica política. Sólo esto último determina si realmente nos hallamos ante un partido verdaderamente político del proletariado.” Lenin, Vladimir; “Discurso sobre el ingreso en el Partido Laborista británico”, IIº Congreso de la Internacional Comunista, punto 6, en Obras Completas, Progreso, Moscú, 1986, tomo 41, págs. 267/8. (Lenin, 1986 [1921], pp. 267-8).

³⁵ Es sumamente instructivo al respecto el debate de Lenin en torno al terrorismo y el problema de la organización. (Lenin, 1981 [1901], pp. 5-13).





confundirse, por lo tanto, con círculos de propaganda, núcleos ideológicos, o agrupamientos de personas políticamente afines. Lo que no pudieron resolver teóricamente Marx y Engels, lo resolvieron teórico-prácticamente Lenin y Mao. Por supuesto asumo lo controversial de esta afirmación, pero la controversia no surge de la teoría, que claramente indica este desarrollo, sino de fuentes extra-teóricas, principalmente políticas (es decir, históricas). Una derrota como la sufrida en el cono sur genera debilidades de todo tipo, políticas, teóricas y morales, que llevan a manipular la teoría para evadir las consecuencias “peligrosas” de ciertas formulaciones. Una atenta lectura del *¿Qué hacer?*, texto que quienes nos enrolamos en la tradición de Lenin reivindicamos, no deja lugar a dudas al respecto: un partido de “revolucionarios profesionales”, clandestinos, fuertemente centralizado y de decisiones verticales en un muy sugerente doble sentido (verticalidad hacia arriba, y luego hacia abajo, es decir, reconocimiento del “terreno” por quienes están en él y luego decisión centralizada sobre la acción, forma organizacional que suele conocerse como “centralismo democrático”), es, sin mayor disimulo, una forma-ejército. Pero, si alguna incertidumbre queda sobre esta interpretación, el reconocido leninista italiano Antonio Gramsci se ocupó de despejarla: cuando analiza el partido político lo asimila sin más a un ejército, estableciendo tres niveles de cuadros: el Comité Central (o generalato), los cuadros medios (u oficialidad) y los cuadros de base (o soldados). Y sostiene, para mayor abundancia, que lo importante, en caso de destrucción (militar) de dicha organización, es la preservación del generalato, pues manteniendo la cabeza, el resto se reorganiza.³⁶

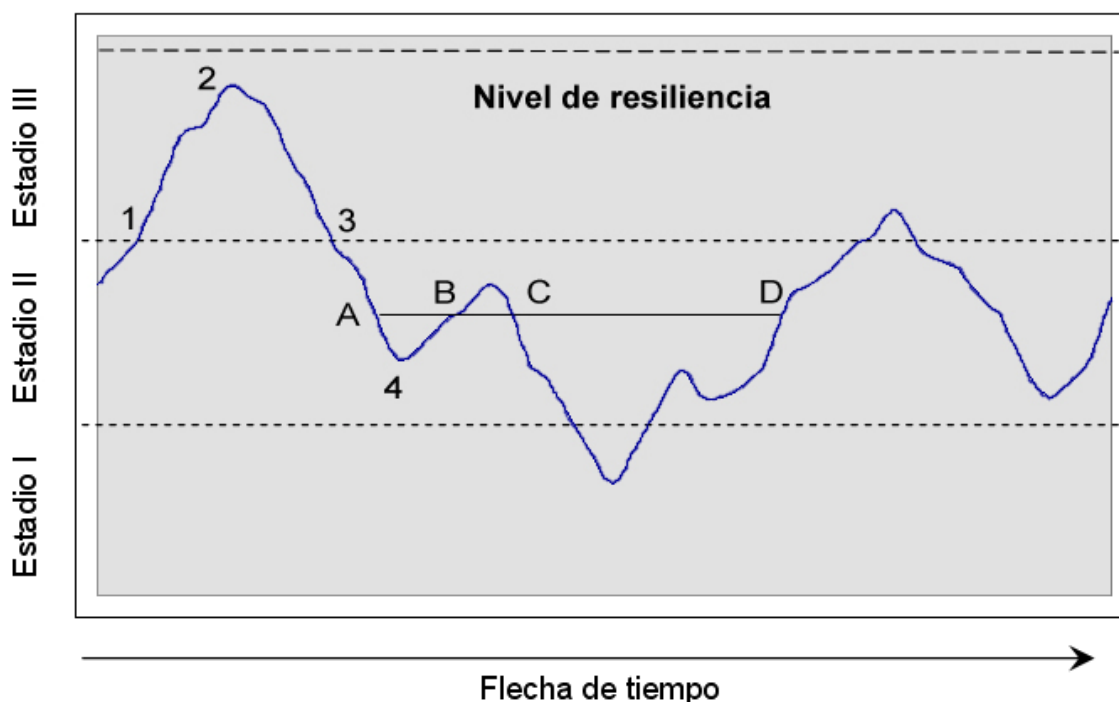
³⁶- Entre los muchos textos de Gramsci dedicados al tema, véase especialmente 1985: 83/91. No es en absoluto casual que los principales epígonos de la variante socialdemócrata del marxismo presentaran a un Gramsci “metaforizado”, especialmente cuando se trata de sus abundantes escritos en los que vincula guerra y política. Así, el Gramsci preocupado por la cultura oculta la dimensión leninista del fundador del Partido Comunista Italiano, preocupado por las tareas militares que, entendía, debía afrontar. Es bien sintomático, asimismo, que los seguidores de quien fuera Comisario del Ejército Rojo, León Trotsky, quien con vigor declamara la

8. La reversibilidad de los estadios

Planteadas estas cuestiones es necesario volver al análisis de la teoría, ya que su potencial es mayor aún al presentado. Una de las mayores riquezas epistemológicas del marxismo es que sentó las bases para pensar en términos a los que el resto de la ciencia está arribando de manera muy laboriosa un siglo y medio después. Hacia fines del siglo anterior las ciencias naturales incorporaron la “flecha de tiempo” en el estudio de los procesos: a partir del segundo principio de la termodinámica concluyeron en la irreversibilidad de los procesos físico-químicos. Las ciencias sociales hace tiempo tenían noticia de esto; pero el marxismo avanzó un paso más y planteó que si bien los procesos históricos son irreversibles, no lo son los estadios formales en los que se desarrollan. Como la pendularidad de una onda de agua, que varía en altura entre márgenes determinados a la vez que el fluido siempre avanza, la historia no retrocede, pero sí puede hacerlo la matriz dinámica sobre la que se desarrollan los procesos históricos. Esto está planteado en *el 18 Brumario*. Quizás una representación gráfica sea de ayuda para poder representarnos mejor el concepto formal de los estadios, distinto del de etapa, fase o momento.

necesidad de profesionalizar el brazo armado del partido, enmudezcan sistemáticamente ante esta cuestión. Tampoco serán casuales las críticas que recoja este tramo en particular, de este artículo.





Los puntos A, B, C y D están en el mismo nivel de desarrollo de la lucha de clases; A y C, en etapa descendente, B y D en etapa ascendente. Pero A, B, C y D difieren en el momento histórico. Aún cuando los tres corresponden al estadio II, tienen su especificidad; la primera, el sentido (ascendente o descendente); la segunda, histórica, que lo torna irrepetible. En el punto 1, que corresponde a un momento histórico (datado en la flecha de tiempo) comienza una etapa revolucionaria (a la que precede un “ascenso” previo, como se aprecia en el gráfico), la que antes de llegar a superar el nivel de resiliencia (lo que dislocaría el sistema, produciéndose de manera efectiva la revolución) alcanza un cenit en su desarrollo y, a partir del punto 2 comienza a descender, iniciándose la etapa contrarrevolucionaria, cuya profundidad se extenderá hasta llegar al punto 4 (ya en el estadio II). En el punto 3 se pasa del estadio III al II, pero eso no detiene la tendencia contrarrevolucionaria. Como se puede apreciar, el sentido se debe

analizar conjuntamente con el estadio. De manera que se puede ver con sencillez que el análisis marxista no es formalista ni historicista, sino que realiza análisis histórico con arreglo a las formas (leyes sociales). Vale insistir que la línea del gráfico expresa una síntesis teórica de dinamismo social general (lucha de clases) y no es reductible a ninguna clase de actividad en particular ni a la acción de ningún grupo en especial.

Marx comenzó la teorización de los momentos ascendente³⁷ y descendente³⁸ de la lucha de clases. Mao particularizó el análisis en lo concerniente al estadio III: distingue la guerra revolucionaria de la guerra contrarrevolucionaria:³⁹ se trata de matrices diferenciales, cuyo correlato práctico supone estrategias particulares del desarrollo de la guerra. La inadecuación en este punto lleva indefectiblemente a la derrota del bando que no se ajuste a la nueva situación.

³⁷- "En la primera Revolución Francesa, a la dominación de *los constitucionales* le sigue la dominación de los *girondinos*, y a la dominación de los *girondinos*, la de los *jacobinos*. Cada uno de estos partidos se apoya en el que se halla adelante. Tan pronto como se ha impulsado la revolución lo suficiente para no poder seguirla, y mucho menos para poder encabezarla, es desplazado y enviado a la guillotina por el aliado, más intrépido, que está detrás de él. La revolución se mueve de este modo en sentido ascensorial." (Marx, 1974 [1851/2], p. 428).

³⁸- "*En la revolución de 1848 es al revés*. El partido proletario aparece como apéndice del pequeñoburgués-democrático. Este le traiciona y contribuye a su derrota el 16 de abril, el 15 de mayo y en las jornadas de junio. A su vez, el partido democrático se apoya sobre los hombros del republicano-burgués. Apenas se consideran seguros, los republicanos burgueses se sacuden el molesto camarada y se apoyan, a su vez, sobre los hombros del partido del orden. El partido del orden levanta sus hombros, deja caer a los republicanos burgueses dando volteretas y salta, a su vez, a los hombros del poder armado. Y cuando cree que está todavía sentado sobre esos hombros, una buena mañana se encuentra con que los hombros se han convertido en bayonetas. Cada partido da coces al que empuja hacia adelante y se apoya por delante en el partido que impulsa hacia atrás. No es extraño que, en esta ridícula postura, pierda el equilibrio y se venga a tierra entre extrañas cabriolas, después de hacer las muecas inevitables. *De este modo, la revolución se mueve en sentido descendente. En este movimiento de retroceso se encuentran todavía antes de desmontarse la última barricada de febrero y de constituirse el primer órgano de autoridad revolucionaria.*" *Ídem.* (cursivas nuestras).

³⁹- "Cada etapa histórica tiene sus características, y, por lo tanto, las leyes de la guerra en cada etapa histórica tienen las suyas y no pueden ser trasladadas mecánicamente de una etapa a otra. Desde el punto de vista del carácter de la guerra, ya que la guerra revolucionaria y la contrarrevolucionaria tienen sus respectivas características, también las tienen sus leyes, las que no pueden trasladarse mecánicamente de una guerra a la otra." (Mao Tse Tung, 1972 [1936], p. 86).





9. La determinación de un estadio

Determinar cuál es el estadio por el que transita la lucha de clases pareciera un ejercicio casi intuitivo. No hay indicaciones metodológicas precisas —aunque sí breves notas dispersas, de las que se pueden inferir algunas cuestiones—, pero las características generales de cada estadio nos pueden orientar sobre esta cuestión. Indudablemente la temporalidad es un indicador “fuerte”, pero su grado de abstracción es muy alto. No obstante podemos ensayar algunas aproximaciones. La aceleración y “compresión” temporal (aquellos “días en que estén corporizados veinte años”) tienen como característica la rápida sucesión de “certezas”, la acelerada toma de conciencia a nivel general.⁴⁰ Esto no significa que masivamente se tenga “claridad” en cuanto a un proyecto político, pero sí que se identifican las claves de la opresión del sistema de clases. Para decirlo en términos más burdos, el trabajador se reconoce explotado, y tiene además una expectativa de cambio, aún cuando carezca de un proyecto más o menos preciso. En el estadio I, por el contrario, el trabajador se siente vagamente gratificado por “tener trabajo”, naturaliza el sistema social, y no se representa la historia —parafraseando a Marx— más que como la sucesión de hojas del calendario. Tenemos en la historia reciente un claro ejemplo de esto último: el grado de victoria del capitalismo a nivel mundial se expresó en el panfleto de Francis Fukuyama sobre el “fin de la historia”. Estos estados de la conciencia se expresan de manera práctica en el cuestionamiento o la aceptación acrítica del orden, el que resulta o no legítimo.⁴¹ En el orden de las ciencias sociales, puede tomar uno como indicador el avance o retroceso de teorías críticas respecto del orden establecido. No es azaroso que sobre el final del siglo xx, con la derrota

⁴⁰- Aunque no me pueda explayar sobre la “toma de conciencia”, es un proceso estudiado por la psicología genética. (Piaget, 1985 [1974]).

⁴¹- La noción de legitimidad está mejor expresada por Bourdieu que por Weber. Para Bourdieu “es legítima una institución, una acción o una costumbre que es dominante y no se reconoce como tal, es decir, que se reconoce tácitamente.” (Bourdieu, 1990 [1977], pp. 13-3).

de la revolución a escala planetaria, apareciera el desencanto y su forma culta: el postmodernismo, que es la renuncia consciente a toda posibilidad de entender los procesos generales, regodeándose en la ignorancia y postulando la imposibilidad de conocer la realidad y de tener certezas. Su denuncia de los “metarrelatos” no es más que un indicador de impotencia política, epistemológica y teórica. Pero resultan indicadores aún insuficientes.

Para establecer la regencia de un estadio, la dinámica que adoptamos como indicador debe tener la capacidad de ordenar al conjunto de la sociedad, es decir, de imponerse por sobre otras formas temporales que coexisten necesariamente con ésta. Una forma de observación de cumplimiento de esta condición es la expansión espacial y social que la misma alcance. Si se presenta en distintos grupos sociales —lo que indica que no es un fenómeno sociocéntrico, un “microclima”, como se lo suele llamar— y tiene localizaciones espaciales diversas —no se reduce a una región en particular— podemos tener más seguridad de estar frente a un estadio dado. Esas son dimensiones insoslayables. De cualquier modo, es tal vez más difícil explicarlo —requiere tomar conciencia— que hacerlo, en el sentido de advertir cuándo una situación es revolucionaria o es de reproducción normal. Situaciones como la actual respecto de la ocurrida hace tres o cuatro décadas, por ejemplo, generan pocas dudas acerca de cuál es el estadio de la lucha de clases en que se localiza cada una. Y no se trata meramente de la existencia o no de un partido-ejército insurgente —la burguesía *siempre* lo tiene—, porque podemos observar, por ejemplo, que en Chile post dictadura se cumple ese requisito pero no se encuentra en una situación revolucionaria.

De cualquier modo, lo importante es que en la obra de Marx y Engels se hallan los fundamentos teóricos para la observancia de estas configuraciones. Por supuesto, nadie podría sostener seriamente que en ella se encuentra *todo* lo necesario. Es menester recurrir a otros





marxistas, y aún así no encontraremos todos los elementos, es necesario seguir desarrollándolos. Porque, afortunadamente estamos frente a una teoría compleja, probada más allá de las ciencias sociales, que está aún abierta.

BIBLIOGRAFÍA

Althusser, L. y Balibar, E. (1983 [1969]). *Para leer El Capital*. México D.F., Siglo XXI.

Bonavena, P. (s/d). “La categoría «fuerza social política»”, manuscrito no publicado. Universidad de Buenos Aires.

Bourdieu, P. (1990 [1977]). “Lo que quiere decir hablar”, en *Sociología y cultura*, México D.F., Grijalbo.

Clausewitz, C. v. (1983 [1832]). *De la guerra*. Buenos Aires, Solar.

Comte, A. (1984 [1844]). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Buenos Aires, Orbis.

De Giovanni, B. (1984 [1976]). *La teoría política de las clases en “El Capital”*, México D.F., Siglo XXI.

Dussel, E. (1991 [1985]). *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*. México D.F., Siglo XXI.

Durkheim, E. [1912]. *Las formas elementales de la vida religiosa*, varias ediciones en castellano.

_____ [1895]. *Las reglas del método sociológico*, varias ediciones en castellano.

Engels, F. (1987 [1859]). “Marx, «Crítica de la economía política»”, en Marx–Engels, *Obras fundamentales*, tomo 11 “Escritos económicos menores”, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

_____ (1974 [1851/2]). “Revolución y contrarrevolución en Alemania”, en Marx–Engels; *Obras escogidas*, tomo I. Moscú, Progreso.

_____ (1974 [1872/3]). “Contribución al problema de la vivienda”, en Marx–Engels; *Obras escogidas*, tomo II. Moscú, Progreso.





_____ (1974 [1895]. “Introducción” a “La lucha de clases en Francia. 1848-1850”, en Marx–Engels; *Obras escogidas*, tomo I. Moscú, Progreso.

Figes, O. (2000 [1996]). *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa.

García, R. (2000). *El conocimiento en construcción*, Barcelona, Gedisa.

Gramsci, A. (1985). “El partido político”, en *La política y el Estado moderno*, Barcelona, Planeta-Agostini.

Habermas, J. (1992 [1976]). *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus.

Harnecker, M. (1986). *Estrategia y táctica*, Antarca, Buenos Aires.

_____ (1987). *Enemigos, aliados y frente político*, Antarca, Buenos Aires.

Harvey, D. (2007 [1981]). “La solución espacial: Hegel, Von Thünen y Marx”, en *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid, Akal.

Johnstone, M. (1971). “Marx y Engels y el concepto de partido”, en Cerroni, Humberto; Magri, Lucio y Johnstone, Monty, *Teoría marxista del partido político*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, volumen 1.

Lenin, V. (1981 [1899]. “El desarrollo del capitalismo en Rusia”, en *Obras Completas*. Moscú, Progreso. Tomo 3.

_____ (1981 [1901]. “¿Por dónde empezar?”, en *Obras Completas*. Moscú, Progreso. Tomo 5.

_____ (1981 [1902]; “¿Qué hacer?”, en *Obras Completas*. Moscú, Progreso. Tomo 6.

_____ (1986 [1921]). “Discurso sobre el ingreso en el Partido Laborista británico”, IIº Congreso de la Internacional Comunista, punto 6, en *Obras Completas*, Progreso, Moscú. Tomo 41.

Mao T. (1972 [1936]). “Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China”, en *Selección de escritos militares*, Buenos Aires, La Rosa Blindada.

Marín, J. C. (1981). *La noción de “polaridad” en los procesos de formación y realización del poder*. Cuadernos de CICOSO, Serie Teoría N° 8, Buenos Aires.

Marx, K. (1974 [1851/2]). “El 18 brumario de Luis Bonaparte”, en Marx y Engels; *Obras escogidas*. Tomo I, Moscú, Progreso.

_____ (1980). *El porvenir de la comuna rural rusa*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente N° 90.

_____ (1987 [1953]). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* (tres tomos). México D.F., Siglo XXI.

_____ (1988 [1867]). *El capital*, Tomo I. México D.F., Siglo XXI.

_____ (1985 [1847]); *Miseria de la filosofía*. Madrid, Obris.

Marx, K. y Engels, F. (1947). *Correspondencia*. Buenos Aires, Problemas.

_____ (1974 [1848]). “Manifiesto del Partido Comunista”, en Marx–Engels; *Obras escogidas*, tomo I. Moscú, Progreso.

_____ (1986 [1894]). *El capital*, Tomo III. México D.F., Siglo XXI.

Piaget, J. (1985 [1970]). *Psicología y epistemología*. Barcelona, Planeta-Agostini.





_____ (1985 [1964]). *Seis estudios de psicología*, Barcelona, Planeta-Agostini.

_____ (1985 [1974]). *La toma de conciencia*, Madrid, Morata.

Rossanda, R. (1987). “De Marx a Marx: clase y partido”, en Rossanda, R. *et. al.*; *Teoría marxista del partido político/3*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente N° 38.

Proudhon, P. J. (1975 [1846]). *Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la miseria*. Madrid, Júcar.

Rosdolsky, R. (1989 [1978]); *Génesis y estructura de El capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse)*. México D.F., Siglo XXI.

Sereni, E. (1986). “La categoría de «formación económico-social»”, en Luporini, Cesare, Sereni, Emilio; *et. al.*; *El concepto de “formación económico-social”*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente N° 39.